

Nuestro gran triunfo del viernes

En la plaza del Edificio Metálico, se verificó el viernes en la noche, a pesar de la lluvia, la primera reunión republicana, que, como era de esperarse, resultó enorme y avasalladora; pues nada menos que una multitud de unos diez mil ciudadanos, delirantes de entusiasmo, vibrantes de fe, envueltos en la bandera azul de sus ideales, inundó desde las ocho, como una onda inmensa, inmovible y cálida, las calles de San José, cuyos habitantes son los más viejos sostenedores de la causa republicana, que es hoy en este instante de trascendencia histórica, una causa verdaderamente nacional.

Los manifestantes se reunieron en el Club del Hospital, de donde salieron a la hora indicada hacia la residencia del Jefe del Partido, Licdo. don Máximo Fernández, quien al llegar la concurrencia se puso a la cabeza de ella, dirigiéndose en seguida a la plaza del Edificio Metálico, en donde subieron a la tribuna varios oradores, entre los cuales ocupó el primer lugar nuestro Candidato, cuyo discurso fué digno de ese incansable luchador de tantos años que nunca ha sentido desmayos en la senda que ha recorrido su sandalia de republicano, venciendo todas las pesadumbres del rencor, de la intriga y la calumnia, y sonriendo siempre ante las tormentas de odio que sus adversarios políticos han desencadenado contra él.

Y luego hicieron uso de la palabra, don Tobías Zúñiga Montúfar, uno de los grandes apóstoles de la democracia costarricense; Licenciado don Manuel Coto, alma intensa que sabe ser sincera; don Rubén Coto, pecho ardoroso y convencido; Juan Hono-

rato Carrillo, joven de la clase obrera que es una promesa para el porvenir por sus energías de patriota; don Enrique Pinto, don Pelico Tinoco y Licenciado Soto, contundentes é implacables.

Y por último, subió a la tribuna don Rogelio Fernández Güell, aclamado por los manifestantes: su discurso fué una brillante improvisación que habla muy alto de las indiscutibles facultades oratorias del gran escritor costarricense que siempre sabe ensayar a maravilla el toque de una diána con los clarines de su espíritu sobre la conciencia nacional, en donde está grabado su nombre como un símbolo honroso de victoria.

Tan luego concluyeron los discursos, una parte de los concurrentes se retiró poco a poco, con el mayor orden y compostura, vivando al Licenciado Fernández, a quien acompañó la otra parte hasta su casa de habitación.

Es digno de notarse que la manifestación del viernes no sólo fué un triunfo numérico sobre el enemigo, sino también una lección de civismo político a los intransigentes adversarios, que, en el delirio de sus sueños o en la hidrofobia de su intolerancia, gritan miserablemente calumniosas afirmaciones con las cuales pretenden en vano mancillar la reputación de varones íntegros y soldados infatigables del Partido Republicano.

El entusiasmo que reina en nuestras filas es innarrable, y podemos asegurar que la próxima manifestación del viernes será más grande y hermosa que la anterior, pues cada día aumentan más los alientos y vigores del Partido Republicano.

Lecturas para el pueblo

El trabajo y la economía son los dos grandes factotes del engrandecimiento de los pueblos.

Una de las virtudes que necesitan las clases proletarias para obtener su bienestar y mejoramiento, es la economía.

Cual más, cual menos, los trabajadores tienen con qué satisfacer sus necesidades y las de sus familias; pero qué raros son los artesanos que practican esa gran virtud!

Al tratarse del porvenir, todo lo esperan de la Providencia, y no se abstienen de gastar una pequeña parte de su salario, para formar con el tiempo, un modesto capital, que manejado con inteligencia, podría ser la base de una fortuna.

La verdadera independencia del individuo se obtiene por medio del trabajo y la economía. El capital no es más que el trabajo acumulado por mucho tiempo y sirve para proporcionar comodidades y engrandecer a los hombres y los pueblos.

Los pueblos que no tienen capital son como esos hombres andrajosos y miserables que viven en la holganza. El hombre que ahorra cualquier cantidad diariamente, acumula trabajo que se librará de hacer, rodeándose de ciertas comodidades que le harán grata la existencia.

El hombre holgazán y vicioso es el enemigo más terrible con que cuentan

las sociedades; porque se alimenta a expensas de los que trabajan, poniendo en planta, para ello, los medios más reprobados, llegando a veces hasta cometer crímenes espantosos.

Huyamos de los holgazanes y viciosos, trabajemos, economicemos para ser verdaderamente independientes y grandes.

Educación por el dolor

El amor es el egoísmo.

Educando al hombre de modo que todo lo que no conduzca al desenvolvimiento armónico de su ser físico y de su ser moral, así como al desenvolvimiento armónico de la sociedad, le produzca desazón ó dolor, lograremos que por el racional egoísmo de no sufrir dolores, se llegue al altruismo, sin destruir el egoísmo y antes bien por su crecimiento é intensidad. Con ello habremos imitado un buen proceder natural en el hombre, quien come hasta satisfacer el apetito, pero no más porque quiere evitarse dolores, no acerca mucho el cuerpo al fuego porque se quemaría. Y precisamente huyendo del dolor y buscando vida muelle, fácil y alegre, ha inventado tantas cosas en el orden material, que maravilla y sorprende su número, como en el orden moral, que elevan y dulcifican la existencia.

A lo dicho, para claridad de las ideas agregaremos ejemplos comunes en el mundo.

Si a un hijo amoroso y tierno le vienen con la noticia de que su madre amada se ha accidentado, siente en seguida tal angustia, tal dolor, que no corre, vuela al so-

corro de su madre porque así el hijo amoroso bota el peso que le oprime el corazón. Y tan pronto como la madre sale del peligro, el hijo descansa y queda satisfecho de sus actos y renace el contento de su vida. ¿Por qué voló a curar de su madre? Sencilla pregunta. Pues porque era su madre. No, señores, porque le dolió el corazón a aquel hijo y así no podía con la existencia, necesitaba aliviarse, y el alivio sabía él que estaba en ir a su madre y curarla.

Un hijo desamorado, que apenas tiene noticias de su madre ausente se divierte en una fiesta nocturna. Uno le dice:—Tu madre está gravemente enferma, allá en donde se encuentra. El hijo desamorado, sin conmoverse, dice:—Allá hay quien la vea, no está sola.—Pero la enfermedad es mortal—No habrá de morirse antes del día; mañana iré temprano. Y siguió en la nocturna danza

Esto no es fábula, desgraciadamente nos consta. ¿Por qué no voló este hijo a curar a su madre agonizante o siquiera a recoger el último suspiro de ese sér inolvidable para otros y único en la tierra? Inocente pregunta. Pues porque no quería a su madre. No, señores, porque dentro del pecho no le hurgó por ella ningún dolor. ¡Ah, ya lo hubiera sentido...!

¡Bien se ve ahora cómo el amor es dolor, cómo el dolor hace buenos hijos!

Amar es sufrir a su tiempo por el objeto amado; pero es la delicia del hombre, que vive por el amor el cual hace eterna la vida de la humanidad.

El amor, el dolor, tiene grados y por ellos se defiende la existencia, se la hace amable, se la eleva.

El mártir rodea su cabeza de un nimbo de luz y se lleva tras sí la admiración más grande del mundo, y se sublima y hasta se santifica.

Por eso cuesta tanto ser bueno, porque la bondad implica sacrificio!

Aunque sin examen parezca una paradoja inconcebible, es lo cierto que la *filantropía* es el egoísmo—como lo vamos explicando—de los hombres que sufren con el sufrimiento ajeno, y no soportándolo se dan a mitigarlo. ¿Quién se dolerá de nosotros cuando la zarpa del infortunio se hincó en nuestro pecho? ¿Quién, compadecido, volará a socorrernos? Sólo el que sufra con nuestras penas, aquel a quien le duelan. Los otros seguirán indiferentes. Por eso decimos que la *solidaridad* es el inmenso dolor de los hombres por las desventuras de la humanidad. ¿Es posible negar tal evidencia?

No es preciso que los dolores por los seres sean todos intensos para que nos lleven a la acción: un pequeño estímulo obra en la materia orgánica grandes reacciones.

Se estima a una persona, se quiere con vehemencia a una novia. Se aprecia a un caballero, se defiende a capa y espada a un excelente amigo. Conservamos y cuidamos un caballo, una planta, un objeto de arte. Las contrariedades atacan con fuerza distinta nuestro sentimiento: no sufrimos lo mismo si se nos muere la mujer querida, que si nos marchita la planta o se rompe el objeto de arte.

Ahora, desde otro punto de vista. Aquel a quien estimamos nos paga con su estimación; la novia suele corresponder al pretendiente; el amigo que defendemos a su vez nos probará su lealtad; el caballo y la planta que conservamos y cuidamos cariñosamente, prosperan; el objeto de arte apreciado no se romperá si no es por mera contingencia, pues conservar y estimar, en una palabra, amar, nos satisface.

Las sensaciones tienen grados y hay relación estrecha y directa entre la intensidad del dolor o de la desazón y el acto humano. Por ejemplo: un infante juega completamente distraído en la vía pública; un automóvil dobla de pronto una de las esquinas rodando a toda velocidad. Muchas personas miran al niño y el vehículo sin freno: la catástrofe es inminente. Una señora profiere un grito y se desmaya. Un hombre exclama asustado:—¡Lo mató! Una señorita pide que lo salven por Dios, y corre al borde de la acera buscando un salvador. Dos jóvenes que alegremente van por la acera opuesta se detienen como a contemplar un espectáculo teatral. Un caballero cruza la bocacalle, indiferente. Un estudiante ya mayor, se tira con impetu a la calle a salvar la criatura, pero el peligro lo para a raya. Por último, un hombre como de unos treinta años, exclamó:—¡No puedo ver eso, aunque me mate! Y se lanzó como un rayo al centro de la calle, dió un empujón al niño hacia la orilla, y luego se ve el coche detenerse y volcarse. La gente se agolpa hacia donde el héroe se encuentra, pálido como la cera, ensangrentada la cabeza y con una pierna que-

brada. Algunas buenas personas, con toda solicitud lo recogen del suelo, y le escuchan, asombradas, decir con voz desfallecida:—Esto es atroz, pero no hubiera podido jamás resistir que el vehículo destruyera a la criatura...hubiera sido peor.

Hagamos examen de los individuos ante quienes en un abrir y cerrar de ojos tuvo desenlace el drama. La señora como mujer, débil y muy sensible, al darse cuenta de lo que iba a ocurrir, experimentó tal sufrimiento que no tuvo resistencia y la acometió una indisposición. El hombre, lo mismo que ella, comprende lo que va a suceder, pero su dolor no es tanto que lo estimule al heroísmo, se contenta con dar por ocurrido el suceso exclamando:—¡Lo mató! y permanece quieto. La señorita reconoce su debilidad y el miedo le da una desazón mayor que la misma muerte de la criatura; antes que exponerse a ella, idea terrible, dolorosa, por salvar al niño, es mejor gritar:—¡Salvenlo! No habían de faltar algunos jóvenes abroquelados contra el disgusto, contra el dolor que produce en nosotros el mal ajeno; ¿les proporcionaríamos placer? ¿Quién sabe! No; no lo queremos creer. Un caballero indiferente cruzó la bocacalle. ¡Hay quienes tienen negocios tan importantes que no pueden dejar en su cabeza un campito para pensar en sus semejantes, para pensar en los desgraciados! ¡Ah, su corazón está empedernido! Un estudiante se tiró a la calle, pero no se atrevió a más, a exponer la integridad de su cuerpo; qué doloroso hubiera sido, aun más ver morir a la criatura; no obstante estuvo a punto de ser un héroe, porque de veras sufría el pobre en aquella horrible situación. ¿Que os parecen los sentimientos de estas gentes? Por último un hombre como de unos treinta años, siente vértigos, siente un puñal agudo en el corazón... y... ¡auuque me mate! grita; sí, aunque perezca entre los ejes y las ruedas, pero él no contemplará jamás que la máquina despedace aquel cuerpecito inocente y allí tenéis al héroe, al filántropo que conmueve hasta la última fibra de nuestro sér, que admiramos con cierta veneración como un hombre superior.

El amor es nuestra esencia y por eso aspiramos a la perfección. "Así, dice don Jaime Balmes, el amor de una criatura a sí misma pertenece al orden general del Universo; es una ley de todos los seres inteligentes y libres, que pertenecen al orden conocido y amado por Dios. Al amarse el hombre a sí mismo, ama también lo que Dios ama, y por consiguiente ama en algún modo al mismo Dios".—(P. 458 del Curso de Filosofía Elemental).

Claudio González Rucavado

Una recomendación

Toda persona que lea este periódico tiene la facilidad de presentarse con él a la "Fábrica de Muebles" de Jorge Morales Bejarano, adquiriendo con facilidad un crédito para pagar hasta en abonos semanales de cincuenta céntimos.

El reconocimiento

El hombre tiene necesidad de tantas preparaciones y cooperaciones para disfrutar de una existencia tolerable, que si él quisiera siempre rendir al cielo y a la tierra, a Dios y a la Naturaleza, a los ángeles y a los parientes, a los amigos y a los compañeros el reconocimiento que les debe, no le quedarían ya ni tiempo ni sentimiento para recibir nuevos beneficios y para gozar de ellos. Y si el hombre natural se deja dominar por este humor ligero, una fría indiferencia toma siempre el lugar de todo, y se acaba por considerar al benefactor como un extraño, a quien se atrevería, si se presentara la ocasión, a jugar una mala pasada, si alguna ventaja pudiera obtenerse en ella. Esto es lo que verdaderamente merece el nombre de ingratitude.

Goethe